

Las lecciones de Borges: sobre la valoración en el conocimiento social

Beatriz Bruce

Introducción

Al reconocer las ciencias sociales como referentes a las relaciones que establecen los hombres entre sí o con el medio natural, y a los variados resultados u objetivaciones de sus acciones —sean estas instituciones sociales, problemas económicos o manifestaciones culturales—, parecen no poder excluir el problema del sentido y, por lo tanto, el de la elección de la finalidad. Así, íntimamente ligadas a las acciones que los hombres realizan, se establecen jerarquías tanto en las cosas como en las ideas, que es lo que se menta como «valor». Defino valor como la relación entre los objetos —sean naturales o sociales— y los sujetos que aprecian.

Sin embargo, en un afán imitador de otros campos del saber, no han sido pocas las voces que han reclamado neutralidad valorativa en beneficio del rigor y de la objetividad del conocimiento social. Un tópico común en las discusiones epistemológicas es la distinción entre los juicios de hechos, que enuncian como son las cosas, y los juicios de valor, que aluden a estándares de deseabilidad y nos dicen como deben ser las cosas. Desde Max Weber¹ parece haber imperado la idea de que la ciencia debe eliminar radicalmente estos juicios valorativos, dada la imposibilidad de determinar su verdad o falsedad. Sin embargo, la cuestión no es sencilla y no queda zanjada con esta prescripción normativa y, porque no decirlo, valorativa en sí misma. El propio Weber, reconoce la referencia constante a valores tanto en la selección de temas de investigación como en la construcción de conceptos. Expresa:

No existe ningún análisis científico objetivo de la vida cultural o bien de los fenómenos sociales que fuese independiente de unas perspectivas especiales y parciales que de forma expresa o tácita, consciente o inconsciente, las eligiese, analizase y articulase para propósito de exposición.²

Este polémico tema ha inventariado argumentos de un lado y del otro. Es, al mismo tiempo, muy complejo ya que el problema del valor en el conocimiento social tiene varias facetas. Se introduce y se discute respecto a la selección de problemas a atender, pero también en lo que respecta a los condicionamientos en la formulación teórica o a los su-

¹ La primera referencia a una ciencia libre de valores puede encontrarse en Maquiavelo, pero el tema es introducido con fuerza en las ciencias sociales recién a fines del siglo XIX. Cfr. Weber, Max: *Ciencia y política*. Buenos Aires: CEAL, 1991; *Ensayos sobre metodología sociológica*. Bs. As.: Amorrortu, 1988; *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona: Península, 1971.

² Max Weber. *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona: Península, 1971, pág. 36.

puestos o finalidades que afectan en alto grado la elección, en el accionar humano, de una posibilidad entre múltiples. En definitiva, factores extrateóricos determinan la aparición, la forma y, en algunos casos, hasta el contenido y la estructura lógica del conocimiento social.

Es quizás, por esta multiplicidad de perspectivas que presenta la relación entre el conocimiento social y la actitud valorativa, que la actividad analítica siempre cae en cierta barbarie fragmentadora. El lenguaje poético, por el contrario, presenta imágenes más holísticas y comprensivas del problema, lo cual lo dota de un valor heurístico insuperable.

Sin embargo, no pocos inconvenientes se presentan, a pesar de la virtud mencionada, al incursionar en el decir de un poeta. Rescribir sus textos significa una tarea pretenciosa ya que nunca nuestro lenguaje alcanzará la perfección estética del conjunto sintáctico que intentamos comentar. Por ello, pido perdón aunque hacerlo de antemano parezca sólo una formalidad.

Puedo argumentar como excusa, ante la irrespetuosa acción que se emprende, que el interés de este trabajo no es el Borges literato, sino el pensador, lo cual permite su transcripción a los signos más empobrecidos del vocabulario de la ciencia. La poesía, al igual que el mito, no surge solamente de profundas emociones; brota también de procesos intelectuales. Según el decir de Novalis, «el poeta no está nunca separado del pensador», siendo esta conjunción la que permite recuperar sus brillantes textos como develadores de profundos enigmas que preocupan también a la filosofía.

Puedo, también, explicar algunas razones que me llevaron a tomar las lecciones de un poeta, prefiriendo sus textos entre otros innumerables que se refieren a las mismas cuestiones. La virtud de un léxico rico en imágenes, alegorías y metáforas trasmuta en fáciles cuestiones a las más difíciles y abstractas tramas del pensamiento. Clarifica abs-trusos problemas de una manera inmediata y sintética, ahorrando el esfuerzo de largas y tediosas disquisiciones. Heidegger³, entre otros, ha ponderado esa simplicidad y frescura del lenguaje poético que denota y significa mucho más con menos palabras facilitando la vinculación con territorios casi inexpugnables, por otras vías. Saint-John Perse nos explica al respecto:

Por el pensamiento analógico y simbólico, por la iluminación lejana de la imagen mediadora y por el juego de sus correspondencias, en mil cadenas de reacciones y de asociaciones extrañas, merced, en fin, a un lenguaje al que se transmite el movimiento mismo del ser, el poeta confiere una superrealidad que no puede ser la de la ciencia.⁴

Compartir esta convicción me ha animado a tomar escritos de Borges para mostrar, a través de ellos, algunas problemáticas propias del conocimiento social, eludiendo la para-

³ Cfr. el estudio de Heidegger «El origen de la obra de arte», en el cual vincula a la creación artística con problemas cognoscitivos, como el de la verdad. Heidegger, Martín. *Sendas perdidas*. Buenos Aires: Losada, 1960.

⁴ La frase está extraída del discurso pronunciado por Saint-John Perse al recibir el Premio Nobel de Literatura en el año 1961. Texto completo transcrito en diario *Pregón*, San Salvador de Jujuy 29 de Julio de 1984.

doja de la reflexividad. Esta es quizás la última virtud que podemos enunciar para el uso de los textos del poeta. Puede tener el privilegio de tejer y destejer, con total libertad, historias que evidencien aspectos problemáticos del conocimiento, sin quedar involucrado en los límites que para el mismo se plantean.

En el trabajo completo se seleccionaron tres relatos ficcionales en los que Borges nos coloca frente a frente con diversas facetas de la problemática cognoscitiva en relación al campo de los valores. Ellos son «Funes el memorioso», «El Quijote de Pierre Menard» y «El Inmortal».⁵ Al recorrer los textos, nos vamos obligando a incorporar distintos escorzos del asunto; a profundizar en cada vuelta de página, la reflexión; a sorprendernos por el surgimiento, en cada metáfora, de un nuevo interrogante; en fin, a problematizar, en cada momento, toda posición que dogmáticamente se adopte.

En una primera imagen, Funes nos muestra la condición de selectiva de cualquier percepción o recuerdo, dada la imposibilidad de abarcar directa o indirectamente la totalidad de los elementos que conforman nuestro mundo circundante. Pero, además de esta discriminación en los objetos, la inutilidad de la prodigiosa habilidad del personaje, nos coloca ante la evidencia de la valoración selectiva que se realiza en el pensar y en el hablar, para poder generalizar, abstraer y conceptualizar nuestras impresiones. Por último, nos permite intuir la urdimbre de relaciones que van conformando los hechos singulares como tales, lo cual obliga a que la aprehensión de los mismos incluya un campo cuyo recorte también es resultado de una preferencia en los aspectos a investigar.

Pierre Menard da otra vuelta a la tuerca, para señalarnos que todos los argumentos psicológicos que podemos desplegar para refutar la idea de neutralidad valorativa, reconocen una instancia determinante previa. El individuo cognoscente tampoco es un hecho aislado, sino que es un emergente de las condiciones histórico-sociales que lo producen, a la vez que él es productor de las mismas.

Así como el primer relato, muestra la necesidad de homogeneizar, de abstraer y de relacionar, el segundo nos coloca ante el interés por la diferencia y la singularidad de la cultura. La conjunción de ambos nos patentiza la tensión entre un aspecto y el otro, presente en todo estudio social, tensión que no se anula, sino que más bien se valora en cada situación concreta de investigación.

En la reescritura del *Quijote*, idénticas oraciones resultan distintos enunciados, debido a la variación de sentidos que se produce modificando el contexto y el capital cultural de los involucrados en el acto discursivo. Introduce así la crítica a las reducciones meramente fisicalistas del significado, obligándonos a ampliar nuestras consideraciones con la pragmática del lenguaje y la hermenéutica. Desde ya, esta abolición de una relación mecánica entre signo y referente, introduce desde otro ángulo el cuestionamiento a la ase-

⁵ Borges, Jorge Luis. *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974. «Funes el memorioso», pertenece al libro *Artificios*, publicado en el año 1944, en *op.cit.* pag. 485 y ss. «El Quijote de Pierre Menard» es un cuento contenido en *Ficciones*, del año 1944, en *op.cit.*, pag. 444 y ss. Por último, «El inmortal» forma parte del libro *El Aleph*, del año 1949, en *op.cit.*, pag. 533 y ss.

sia valorativa ya que el propio científico trabaja situado social e institucionalmente. Esta constatación nos llevaría, además, al problema de la incidencia de las instituciones públicas o privadas que, financiando las investigaciones, puedan encauzar determinadas líneas en desmedro de temas más importantes pero menos rentables.

Finalmente, la imagen de los inmortales nos deja estupefactos ante la abolición del fin. Por vía indirecta nos muestra como la acción de los hombres siempre se realiza en vistas a un objetivo, el cual dota de sentido a la misma. Dicho objetivo no está unívocamente predeterminado, sino que es seleccionado y aceptado a partir de las necesidades e intereses sociales evaluando las formas más convenientes de satisfacción a las mismas. Queda desnudada, entonces, la imposibilidad de la teoría avalorativa del conocimiento social. Por lo tanto, la insistencia en la neutralidad parece esconder la funcionalidad de la tecnocracia a determinados intereses de dominación política, tal como lo examina la crítica ideológica.

Dada la exigencia de límites en la presentación, se desarrolla en esta oportunidad sólo el primer nudo temático, planteado.

El objeto en ciencias sociales o «Funes el memorioso».

Funes, inmóvil en un catre, tiene una percepción y una memoria infalible. Mientras «nosotros, de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa, Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de una espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho.»⁶ Podía reconstruir todo los sucesos acaecidos, pero, la reconstrucción de los recuerdos le insumían un tiempo equivalente al que habían demorado los eventos originales. Es decir, la reconstrucción de un día, duraba otro día; la de una hora, otra hora. Es un juego de espejos que se reproducen al infinito, pero siempre igual, estático, petrificado.

Esta misma imagen de la representación exacta de los sucesos en el tiempo es planteada por Borges también con relación al espacio. En «Del rigor de la ciencia»⁷ nos presenta la ficción de un imperio que había desarrollado el arte de la cartografía con tal precisión que, el mapa coincidía plenamente con el territorio. Un mapa que es una copia con las mismas dimensiones que su referente no sirve para nada, y de ello se percataron generaciones posteriores a los escrupulosos geógrafos, que lo abandonaron a su propio envejecimiento y destrucción.

Ambas representaciones borgeanas, nos ponen en evidencia la superfluidad de recons-

⁶ Ibidem, pág. 488.

⁷ Jorge Luis Borges. «Del rigor de la ciencia», en op. cit., pag. 847. El escrito pertenece a *El hacedor*, 1960.

⁸ Cfr. H. Rickert. *Ciencia natural, ciencia cultural*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1943 y Weber, Max. *Ciencia y política*. Buenos Aires: CEAL, 1991.

truir todos los sucesos del pasados o reproducir exactamente todo el relieve de la realidad. Todo sujeto escoge aspectos que considera importantes, significativos, en fin, valorables, para la realización de las mínimas actividades cognoscitivas. Esta tesis de la inherencia valorativa en la selección de los temas de investigación social fue planteada y aceptada por Rickert y luego por Max Weber.⁸

Por un razonamiento análogo a la reducción al absurdo, Borges nos muestra la inconveniencia de entender la rigurosidad en un sentido pasivo de reflejo especular de la realidad. El rigor se detiene al tratar con problemas relativamente insignificantes. La indagación de los grandes problemas va perdiendo la exactitud de la copia mecánica para priorizar algunos aspectos sobre otros. El olvido no es, entonces, lo opuesto a la memoria, sino que, como bien planteaba Nietzsche⁹, esta función está constituida por la tensión entre recuerdo y olvido. La mera presencia, sólo proporciona información, que puede ser tan fútil como la ejemplificada por Funes o los cartógrafos imaginados por Borges. La memoria, en cambio, incluye el olvido y se convierte así en historia, entendiendo como tal la evocación y recuperación sólo de aquello que cobra significación para el presente. En síntesis, el recuerdo exacto en sí e independiente del presente que lo modifica, es sólo una abstracción.

Podemos establecer como corolario inicial de esta lección, que no se pueden conocer todos los hechos, por su infinita cantidad y calidad. Como lo expresa Weber¹⁰:

[...] tan pronto como intentamos tener conciencia del modo como se nos presenta la vida, ésta nos ofrece una casi infinita diversidad de acontecimientos sucesivos y simultáneos, que aparecen y desaparecen 'en' y 'fuera' de nosotros. Y la infinidad absoluta de dicha diversidad subsiste de forma no aminorada incluso cuando nos fijamos aisladamente en un único 'objeto'. [...] Debido a ello, todo conocimiento de la realidad infinita mediante el espíritu humano finito, está basado en la tácita premisa de que sólo un fragmento finito de dicha realidad puede constituir el objeto de la comprensión científica y que sólo resulta 'esencial' en el sentido de 'digno de ser conocido'.

El universo es demasiado grande y complejo para que pretendamos abarcarlo en su totalidad. Por ello se debe simplificar la realidad en su representación, resaltando sólo algunos acontecimientos significativos, de acuerdo a nuestros criterios de valoración. La vida sería insoportable si todo fuera posible de pasar a la historia. Como sentencia el poeta, «me entorpeció el temor de multiplicar ademanes inútiles».¹¹

Pero, quizás lo más importante que traduce el texto de Borges es la idea de que el

⁸ Cfr. H. Rickert. *Ciencia natural*. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1943 y Max Weber. *Ciencia y política*. Buenos Aires: CEAL, 1991.

⁹ F. Nietzsche plantea este tema en las *Segundas intespestivas*, obra no traducida al español pero que encontramos comentada en el texto de Vattimo, Gianni, *Introducción a Nietzsche*. Barcelona: Península, 1990.

¹⁰ Weber, Max. *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona: Península, 1971, pág. 36-37. Los encomillados aparecen en el original.

¹¹ Borges, Jorge Luis. «Funes el memorioso» en *op. cit.*, pág. 490.

pensamiento es, en cierta medida, el olvido de las diferencias. Es generalizar, abstraer, conceptuar, operaciones que la omnipotente percepción y memoria de Funes le impedían realizar. «No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y de diversas formas; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el de las tres y cuarto (visto de frente).»¹²

En esta dirección, nos recuerda la crítica humeana a los conceptos de sustancia y causalidad,¹³ para admitir, de manera implícita en el examen, que las impresiones como única fuente del conocimiento y el mero recuerdo simple de las mismas, nos impedirían esperar que «el sol salga mañana». El personaje de Borges al igual que el escepticismo del filósofo escocés, permiten apreciar que la función cognoscitiva no está limitada al acto mecánico reproductor de todo aquello que se presenta separado y aislado. Comporta, por el contrario, una tarea de síntesis que incorpora la priorización de ciertas características sobre otras. Esta elección que es situada —y aquí sí debemos superar el concepto de «naturaleza humana» vigente en el siglo XVIII— nos permite enunciar un segundo corolario que se extrae de esta ficción narrada por el poeta: no se pueden conocer los hechos puros.

En el campo gnoseológico es prácticamente unánime el reconocimiento de la participación activa y creativa del sujeto en la constitución de un conocimiento.¹⁴ Han aportado mucho, en este sentido, los descubrimientos de la fenomenología de la percepción, de la psicología cognitiva y de la biología. No solo desde el análisis funcional sino también desde el enfoque evolutivo, que permiten introducir la explicación de las variaciones temporales. En el terreno epistemológico también se han aceptado unánimemente las críticas al inductivismo estrecho, que colocaba en la observación el comienzo indiscutible de la enunciación científica. Popper¹⁵ es quien sistematiza de forma ordenada y clara las principales objeciones a la percepción de lo singular exenta de categorías teóricas que permitan su conceptualización.

Por último, podemos analizar las consecuencias que trae aparejado el persistir en la reconstrucción exacta, individualizada y separada de las impresiones. Funes intentó construir un sistema de numeración en que cada número tuviera un nombre particular. En lugar de un sistema, resultaba un conjunto inconexo de voces, sin ninguna relación entre sí. Borges cuenta también que

Locke, en el siglo XVII, postuló (y reprobó) un idioma imposible en el que cada cosa individual, cada piedra, cada pájaro y cada rama tuviera un nombre propio.¹⁶

¹² *Ibidem.* pág. 490.

¹³ Cfr. la función de establecer relaciones que tiene la imaginación, para permitir que el conocimiento exceda la mera reproducción de ideas simples. Hume, David: *Del conocimiento*. Madrid: Sarpe Ed., 1984, pgs. 40 y ss. Es conveniente aclarar que se trata de la Sección III de la Primera parte del libro primero del *Tratado de la naturaleza humana*.

¹⁴ Baste repasar todas las respuestas vigentes respecto a la investigación sobre la esencia del conocimiento. Todas ellas, sean realistas, idealistas o anti-representacionistas, reclaman un papel activo del sujeto.

¹⁵ Cfr. Karl Popper. *La lógica de la investigación científica*. Bs. As.: Ed. REI Argentina S.A., 1989, págs. 27 y ss.

¹⁶ Jorge Luis Borges. «Funes el memorioso» en *op.cit.* pág. 489.

Ambos proyectos son insensatos. Ni el conocimiento ni el lenguaje pueden absorber los infinitos aspectos que presentan las singularidades existentes. Como afirma Koselleck,

no existe un solo acontecimiento singular que se deje relatar en categorías de una unicidad semejante a la que el acontecimiento singular puede exigir con derecho.¹⁷

Estos límites nos obligan a revisar la relación entre lo singular y el sistema que lo contiene, entre acontecimientos y estructura, que siempre está presente en toda conceptualización social. Si tomamos para ejemplificar el conocimiento de la historia, en donde se patentiza más exacerbadamente la polémica entre el individuo y la estructura, vemos que el énfasis en lo singular, tal como lo expresa Furet¹⁸,

se funda, ante todo, en la idea que esos acontecimientos son únicos e imposibles de integrar en una distribución estadística, y que este acontecimiento *único* es el material por excelencia de la historia.

Esta visión atomística de lo existente queda cuestionada si la perspectiva se centra en las condiciones y relaciones que determinan a todo hecho y que lo transforman en un proceso dinámico, móvil y relacionado más que en objeto estático y separable. Como afirma Quine¹⁹,

La idea de definir un símbolo en uso fue [...] un avance con respecto al intento fracasado propio del empirismo de Locke y Hume de hacerlo término por término. El enunciado, en vez del término, llegó con Bentham a ser reconocido como la unidad sujeta a crítica empírica. Pero, insisto en que tomar al enunciado como unidad es quedarse corto. La unidad de significado empírico es la totalidad de la ciencia.

Para finalizar con el tratamiento de la antinomia hecho-estructura que aparece en movimiento de flujo y reflujo en la concreción práctica de los estudios sociales a través de la polémica entre individualismo metodológico u holismo metodológico, podemos decir que el énfasis puesto en un solo término es resultado de la reducción ficticia de la complejidad de lo real. Una visión atomística de los hechos individuales se hace difícil de sostener en el estado de evolución de los conocimientos científicos y metacientíficos. Pero, a su vez, una priorización de las totalidades separadas de los componentes, daría lugar a una abstracción idealista.

El problema del contenido de los estudios sociales no se resuelve en sostener un término en desmedro del otro, sino en encontrar el punto dialéctico de convergencia entre

¹⁷ R. Koselleck. *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Piados, 1993, pág. 150.

¹⁸ François, Furet. «Lo cuantitativo en historia» en Le Goff, J. Y P. Nora: *Hacer la historia*. Barcelona: Laia, 1984, Tomo I, pág. 67.

¹⁹ Willard Van Orman Quine. *Desde un punto de vista lógico*. Barcelona: Orbis, 1985, pág. 42.

lo universal y lo singular, entre parte y todo. Sólo tomando en cuenta el contexto teórico se puede superar un conocimiento fragmentario, que al tornar invisibles las interacciones entre los distintos elementos individuales, rompe lo complejo y oculta lo esencial. Pero, a la vez, se hace necesario rebasar un pensamiento que atendiendo sólo a las globalidades, pierda contacto con lo concreto.

Se debe, para ello seleccionar aspectos de la realidad estableciendo relaciones entre ellas. Toda conceptualización sobrepasa la singularidad que se trata de comprender. Enunciamos como tercer corolario de este relato, que los hechos aislados, tampoco pueden ser conocidos. Lo carente de contexto no sólo no podría pensarse, sino tampoco percibirse o intuirse objetivamente.

Dejo además perfilado el problema del lenguaje. Es imposible abarcar toda la problemática que este asunto plantea, pero baste señalar que cada lengua realiza también una selección de aquello relevante y también una ordenación de la realidad, lo que hace difícil separar radicalmente las funciones descriptivas y evaluadoras de los enunciados.

Podemos concluir, a partir de todo lo expuesto, que la escisión entre hecho y valor es una abstracción, es una división puramente artificial. Como expusiera Hume,²⁰ quien es, por otra parte, el que introduce la distinción en la reflexión epistemológica, no se trata de una dicotomía ontológica. La aceptación de hechos ajenos a todo valor, nos conduce al mundo fragmentado e insensato de Funes. Por otra parte, la existencia de valores independiente de los hechos, nos lleva a la aceptación de entidades ajenas a toda realidad.

Los hechos están sobredeterminados por las relaciones que los configuran, los priorizan y los engarzan en una red de sentido que incluye, en su propia construcción, el campo del valor. A su vez, como afirmara Rickert,²¹ lo singular puede tornarse esencial únicamente con relación a un valor y, por ello, la eliminación de toda conexión con valores traería aparejada la eliminación del interés por la realidad.

²⁰ Cfr. David Hume. *Tratado de la naturaleza humana*. Madrid: Tecnos, 1988, Primera parte, Libro III.

²¹ Cfr. Heinrich Rickert. *Introducción a los problemas de la filosofía de la historia*. Bs. As.: Ed. Nova, 1961, en especial pág. 64 y ss.